

LO PERMANENTE Y LO CAMBIANTE DEL CONOCIMIENTO INTELECTIVO

1.- *En la actualidad se pone énfasis en el carácter histórico y, como tal, cambiante del hombre y de la cultura. Se afirma con frecuencia que es necesario el cambio de las formulaciones intelectivas de la verdad tanto en filosofía como en la misma teología. Bajo la inspiración consciente o inconsciente del historicismo se sostiene la caducidad de las culturas, incluso de los sistemas filosóficos y aun de los dogmas cristianos y el cambio incesante de las normas morales naturales y sobrenaturales. Todo lo humano está sometido a continua mutación y nada es definitivo en las manifestaciones del espíritu del hombre, las cuales constituyen la cultura en los diversos sectores. Así se niega vigencia a los argumentos tomistas de la existencia de Dios y la expresión del dogma del pecado original, del infierno y de otras verdades cristianas y a los preceptos morales sobre las relaciones sexuales, e incluso se llega a poner en duda la vigencia misma de una ley permanente.*

2.- *Comencemos por dilucidar el gran equívoco sobre en el que se fundan en gran medida las confusiones mencionadas.*

Se habla de "esquemas intelectuales", de "estructuras mentales", de "objetivaciones", como de fórmulas o creaciones con que la inteligencia expresa o maneja una realidad, que en sí misma permanece intocada más allá de tales expresiones intelectivas. Consciente o inconscientemente se retorna a noción relativista del concepto y de la y de la actividad de la inteligencia a la manera del es para con antiintelectualismo vitalista de Bergson y de Ortega. Recuérdese la tesis de Bergson: la inteligencia no es para conocer sino para utilizar las cosas, pertenece al horno faber y no al horno sapiens, los conceptos paralizan, universalizan y objetivan una realidad en continuo cambio, concreta y subjetiva. En una palabra, la actividad intelectual no está hecha para aprehender el ser, sino sólo para manejarlo y utilizarlo desde fuera, tal como lo hace el conócí lento científico actual, que, desentendiéndose del aspecto ontológico de la realidad, únicamente se detiene en el fenoménico para descubrir sus leyes o maneras de comportamiento y organizarlas en teorías para someter las fuerzas naturales a la actividad del hombre. El ser, la realidad e sí, como afirmaba la conclusión agnóstica de la Crítica de la Razón Pura de Kant, permanece desconocida, más allá del alcance válido de la inteligencia; la cual se limita a organizar fenómenos o apariencias para constituirlos en objetos a fin de ,manejarlos y utilizarlo pero sin penetrar ni de-velar el ser transubjetivo, propiamente tal.

Consecuentemente tales conocimientos son organizaciones o estructuras mentales mudables, como el mismo hombre que las crea, a través de s historia. Por eso, cada época tiene su concepción del mundo y si; formulación filosófica y teológico. Tal la conclusión relativista y escéptica de esta concepción del conocimiento, inspirada en un empirismo o conceptualismo que considera al conocimiento como una imagen desarticulada del ser trascendente. En tal concepción no se puede hablar de una filosofía o teología perennes, como tampoco de valores y normas morales permanentes. La historia es la fuente de tales expresiones, que, como todas las de la cultura, están sometidas al devenir y al cambio.

Como se ve tal actitud agnóstica se funda en un empirismo, a la manera de Hume - redivivo en el positivismo sensista- o en un conceptualismo, a la manera de Kant, que tampoco supera esencialmente al empirismo, desde que se otorga a la función de la inteligencia una función pura de organización de fenómenos. Ambas actitudes tienen de común antiintelectualismo, que niega al intelecto un objeto formal propio, esencial ente distinto e irreductible a los fenómenos sensibles, y que o es otro que el ser trascendente.

De aquí que, en última instancia, todas estas concepciones que confieren a la inteligencia una función organizadora o esquemática de la realidad-, que sirve para manejarla pero no para aprehenderla o de-velarla en su ser propio, son siempre antilitelectualistas, al menos en lo que la inteligencia tiene de actividad específica y objeto formal propio, que es el ser, y, consciente o inconscientemente, reinciden siempre en el empirismo agnóstico. Hablar de estructuras mentales y de conceptos. Hablar de estructuras mentales y de conceptos, juicios y silogismos, como organización puramente subjetiva, que se colocan frente y como más acá de una realidad, en sí misma inalcanzada, es siempre un retorno al empirismo-sensista subactivista, un negar la actividad propia y específica de la inteligencia, el conocimiento espiritual y, consiguientemente un reducir al hombre a un ser puramente animal, sólo accidentalmente más perfeccionado que la bestia, sin un ser espiritual esencialmente superior al de ésta, capaz de abrirlo a la auténtica trascendencia del ser, distinto del suyo -verdad, bondad y belleza: mundo del espíritu y de la cultura- y de darle la posesión del ser por la actividad consciente y libre, que lo constituye en persona.

3.- Conviene poner en claro el error fundamental encerrado en todas estas posiciones: el desconocimiento de la naturaleza de la inteligencia para des-cubrir y aprehender el ser transubjetivo o en otros términos, el carácter intencional de la actividad intelectual - redescubierta y reafirmada vigorosa ente por Hüusserl- en cuya inmanencia lúcida el objeto está dado y captado como ser trascendente o esencialmente distinto u otro del propio acto del ser inmanente.

Ahora bien, la verdad es que la inteligencia no se limita a construir imágenes o esquemas con que representar la realidad; por la índole misma y única de su actividad -que le viene de sí inmaterialidad total o espiritualidad- aprehende y da cabida en su inmanencia al ser trascendente, en tanto tal o distinto del ser de su propio acto. Un análisis directo e inmediato de nuestra actividad intelectual nos pone ante el hecho evidente de que ella implica siempre intencionalidad, a saber, un sujeto frente a un objeto o, en otros términos, un ser trascendente distinto al ser inmanente o propio.

-Esta tesis tomista, sustancialmente reivindicada por Husserl en el plano intelectual; y por Max Scheler e el plano axiológico, consiste en que un acto del intelecto carece de sentido sin un objeto distinto del propio acto del sujeto, y en que acto axiológico o de elección tampoco lo tiene sin un valor o bien trascendente o inmutable distinto de la actividad volitiva.

Toda la vida de la inteligencia se sustenta y alimenta con el ser objetivo o distinto de sí acto, que desde la trascendencia la ilumina y determina en su significación propia.

Es verdad que para tal aprehensión la inteligencia necesita abstraer la esencia de sus notas existentes concretas -datos de los sentidos- es decir, conferir al ser o esencia trascendente un modo de existir distinto al que posee en la realidad, porque el conocimiento intelectual humano no es intuitivo, y sólo conoce aspectos o conceptos objetivos de la esencia en sucesivas penetraciones en la realza creía del ser trascendente, que luego va integrando en esa realidad mediante el juicio.

Pero el aspecto aprehendido por el concepto e integrado en la realidad concreta por el juicio, por abstracto que sea, no hay que dar que ha sido tomado y pertenece al ser trascendente y no depende de las condicione a priori del sujeto, las cuales no tocan al modo de aprehensión de aquel objeto. De ahí que la verdad o aspecto aprehendido posea un carácter abstracto e inmutable. Cuando un aspecto o concepto del ser trascendente llega a manifestarse con evidencia a los oros de la inteligencia, o sea, cuando ésta llega a de-velar la esencia o verdad ontológica -siquiera en algunas de sus notas constitutivas- del ser trascendente, tal verdad no puede cambiar sí misma. Puede, eso sí, ser vista mejor, ser penetrada más hondamente ampliada con nuevos aspectos, brevemente, puede ser enriquecida en intensidad, y en extensión; pero lo visto con evidencia una y la inteligencia como perteneciendo a la esencia o ser de la cosa, no puede dejar de ser tal jamás, será verdadero para siempre. De otra suerte el entendimiento no habría conocido o de-velado el -se que habría estado en error. El crecimiento en la verdad, Pío XII en la Humani Generis, no puede hacerse por sustitución sino por profundización y ampliación de las notas ya aprehendidas para siempre como verdaderas.

Llegar a poner en duda esta tesis, tan sencilla y tan clara, es negar o poner en duda el valor mismo de la inteligencia para aprehender el ser trascendente o verdad ontológica, y tal negación o duda, a más del desconocimiento de la realidad del acto intelectual tal cual se manifiesta claramente en nuestra conciencia, implica contradicción y absurdo, pues conduce a la autonegación de esta misma negación o duda del valor trascendente de la actividad intelectual, desde que tal negación o duda escéptica no puede fundarse sino en el valor de captación del ser trascendente del acto intelectual -sin el cual éste ni sentido tiene- que las formula, sustenta y fundamenta.

4.- Esta verdad absoluta e inmutable, que implica la naturaleza misma del acto intelectual, está limitada al objeto mismo del acto, y no alcanza al modo con que éste lo aprehende, modo que sí está sujeto a cambio como el sujeto en que se implanta.

Desde luego, que aún en el modo de pensar, hay algo que pertenece también o brota de la esencia misma del hombre y, como tal tampoco puede cambiar. Todo hombre, por ser tal, conoce y aprehende el ser trascendente por su actividad intelectual, mediante conceptos, juicios y racionios. Tal modo de conocer del intelecto es inmutable, como la esencia humana de donde procede. puede ser más vigoroso, más penetrante, más amplio en un hombre que en otro, de acuerdo a las diferencias individuales y educación, etc. De cada uno, pero en cuanto a sus notas constitutivas es esencialmente el mismo en todos.

En cambio, esta inteligencia, esencialmente la misma en todos los hombres, pertenece a una inteligencia de un hombre concreto, ubicado en una determinada circunstancia histórica,

distinta de la de otros. Los factores étnicos, geográficos, educativos, el ambiente social y mil hechos más influyen en él, a más de su idiosincrasia propia -cuyo origen es esencialmente la materia- y la intervención de su libertad, configuran su manera o estilo propio de pensar, apreciar y querer y actuar sobre el mundo, estilo que se trasunta en las formulaciones exteriores del lenguaje y otros medios de comunicación. Aún diciendo y pensando lo mismo, el estilo o modo propio de pensarlo y de decirlo varía de pueblo a pueblo, de región de región, de época a época y hasta de hombre a hombre.

De aquí que la perspectiva histórica desde la que el hombre contempla y actúa sobre el mundo, cambie, y ella da origen a diversas encarnaciones de la cultura, en las cuales podemos distinguir aún los caracteres cambiantes pero comunes de una nación, ¿poca o región -el estilo o manera de expresarse o actuar- y los propios individuales de cada uno.

5.- Sin embargo, fuera de cuando el hombre pierde totalmente el camino de la verdad y cae en el error, en el plano especulativo, 0 se desvía totalmente con el pecado en el plano moral y axiológico y práctico, en general; aun detrás de esas encarnaciones cambiantes de las concepciones o actuaciones del hombre, o sea, de la cultura, encontraríamos siempre algo inmutable, que es la esencia o verdad de-velada por la inteligencia y el modo esencial -conceptual, judicativo y discursivo- de conocer, aunque formulado de diversos modos o estilos: la belleza, siempre la misma -vgcia. de Ntro. Señor Jesucristo o de la Ssma. Virgen- bien que expresada de acuerdo a los modos y medios de la época y región y el carácter personal del artista; el bien humano o moral, siempre el mismo, aunque significado y practicado de acuerdo a las diversas circunstancias y al distinto carácter de cada uno.

Lo que no puede negarse -sin caer en un relativismo histórico, contradictorio y absurdo- es la esencia inmutable de la verdad, de la bondad y de la belleza y que lo que es una vez verdadero, bueno y bello, es siempre tal; por más que tales valores perennes puedan expresarse, los mismos, de diverso modo, y, lo que es más, puedan ser enriquecidos en amplitud y profundidad e la aprehensión intelectual y en la realización práctica del hombre. No son la verdad, la bondad y la belleza, objetos de la actividad humana, los que cambian, "ni tampoco la aprehensión o realización esencial de los mismos -la actividad espiritual, intelectual y volitiva, esencialmente inmutable- no son las esencias de las cosas ni la esencia del hombre y de su actividad las que cambian, ni' consiguientemente, las relaciones esenciales permanentes e inmutables que se establecen entre ellas, porque en sí mismas son a-históricas. Son las cosas en su realidad existente concreta, las que cambian, y este hombre concreto que si sustenta aquellas aprehensiones de la verdad o realizaciones morales o estéticas y culturales, en general, esencialmente las mismas e inmutables, quien cambia y las encarna en sí mismo y en las cosas en formulaciones culturales históricas cambiantes.

El cambio histórico afecta, Pues, a la encarnación o impostación en el lugar y tiempo de las cosas del hombre, de la cultura, de la filosofía, de la moral y del arte y aun de la misma teología; pero deja intocada la verdad, la bondad y la belleza, siempre las mismas.

Si el cambio tocase la verdad, de-velada una vez como tal, constituiría no un simple cambio o encarnación histórica, sino un error y, como tal, dejaría de ser cultura. Del mismo modo, en el plano moral, un cambio que tocase la esencia misma del bien, dejaría de ser histórico y convertiría la obra en inmoral también dejaría de ser cultura. En el plano estético

acontecería otro tanto, y la obra realizada dejaría de ser bella y de pertenecer al arte y a la cultura.

6.- *Como la Verdad de la Inteligencia divina, comunicada a los hombres por la Revelación, tampoco los dogmas cristianos pueden cambiar en su verdad, siempre la misma, ni las normas morales cristianas, provenientes de la Ley divina -formulada Por la Inteligencia y Voluntad de Dios- pueden cambiar en sus notas esenciales. Lo que cambia es el hombre concreto y la realidad en que él actúa y, con ellos, las formulaciones de una verdad y una norma o principios morales, en sí mismos inmutables. El teólogo puede ahondar, ampliar, expresar de un modo más adecuado y perfecto la misma verdad, y puede aplicar los mismos principios a nuevas situaciones, a circunstancias distintas, y enriquecer tales principios y sacar de ellos nuevas conclusiones, al proyectarlas y aplicarlas a nuevas y diferentes realidades o momentos históricos. La historia de los dogmas es elocuente a este respecto. Así, las herejías de Arrio y de Nestorio, han obligado a una mayor precisión y nuevas formulaciones de la misma verdad, siempre creída por la Iglesia. También el progreso de las ciencias puede actualmente ampliar y crear nuevas circunstancias, sobre las cuales, al ser proyectada la luz de los principios inmutables de la moral, puede iluminar nuevas situaciones y engendrar también nuevas encarnaciones o modos de aplicación de los mismos. Es lo que acaba de hacer el Concilio Vaticano II.*

Pero tales cambios históricos,, circunstanciales y científicos, en modo alguno podrían modificar la verdad perenne formulada en el dogma, así como tampoco las exigencias de bien, siempre las mismas en sí, encerradas en las normas morales cristianas. Si en la aplicación histórica o científica esa verdad o esas normas morales fuesen tocadas en sí mismas, los cambios no serían ya puramente de formulación o de encarnación cultural, sino simples errores dogmáticos o herejías, o claudicaciones morales, respectivamente.

De este modo, por ejemplo el Misterio de Cristo y de la Trinidad, siempre el mismo en su verdad revelada se ha ido explicando o desarrollando a través de la historia de la teología cristiana, ya por una profundización del mismo, ya por una precisión frente a los errores que han pretendido deformarlos. Pero también periódicamente, cuando, so color de desenvolvimiento, se ha querido tocar o cambiar la verdad revelada, la Iglesia, depositarla infalible de esa verdad, no ha titubeado en intervenir y lo ha denunciado con valor como herejía o negación de esa verdad. Esto que está haciendo también frecuentemente S. Santidad Paulo VI frente a los continuos errores y desviaciones actuales.

7.- *Si quisiéramos sintetizar lo dicho en este artículo señalar con vigor y precisión el error larvado en todas estas nuevas posiciones, que pretenden acomodar la verdad a la situación histórica, con detrimento de las esencias permanentes y de las exigencias morales inmutables -tanto de verdad esencial y de las normas morales del orden natural como del orden sobrenatural cristiano-; podríamos decir que toda esta nueva filosofía y teología está viciada de historicismo, es decir, de un relativismo, que diluye las verdades esenciales y las normas morales, tanto naturales como reveladas, en un incesante cambio, sin nada preciso y permanente; y por debajo de este historicismo, como su raíz y su fuente que lo alimenta, está el antiintelectualismo, ya de tipo empirista-sensista, ya de tipo conceptualista-kantiano, ya de*

tipo vitalista -a la manera de Dilthey u Ortega- ya de tipo existencialista -a la manera de Sartre y aún de Heidegger- y que siempre, por su misma índole, niega el ser trascendente, el deber-ser moral y, consiguientemente, los dogmas y las normas morales cristianos, y se diluye en un fenomenismo agnóstico, esencialmente subjetivista, ya de tipo objetivo ya de tipo irracionalista, determinado siempre por una actuación enteramente existencial e individual, enteramente temporal e histórica. El historicismo, con sus raíces antiintelectualistas en sus diversas formas, es quien lleva, inexorablemente a la disolución de las -exigencias ontológicas o normas morales, fundadas en ese ser trascendente; y, por una lógica necesaria, a la disolución de las verdades y normas morales cristianas reveladas por Dios.